

Sobre el breviario

Consideraciones espirituales para rezar con mayor
devoción la liturgia de las horas



J.A
Forteza

Editorial  Dos latidos

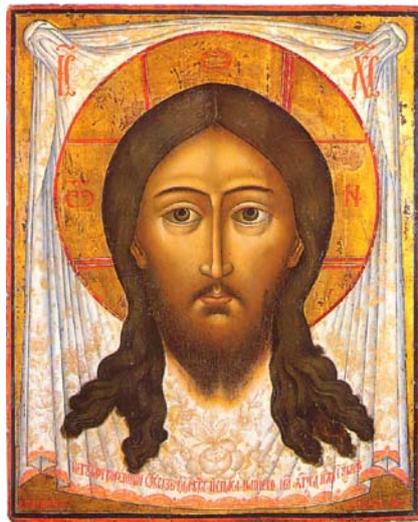
© Copyright José Antonio Fortea Cucurull
Todos los derechos reservados
fortea@gmail.com

Editorial Dos Latidos
Benasque, España
Publicación en formato electrónico en julio de 2016
www.fortea.ws

Versión para tablet

Sobre el breviario

Consideraciones espirituales para rezar con mayor
devoción la liturgia de las horas



José Antonio Fortea

Índice

Introducción 1



Reflexiones varias 3

Las partes de cada hora 9

Las distintas horas canónicas 16

Los laicos y el oficio 23

Algunas cuestiones prácticas 28



Conclusión 38

Introducción



Los seres humanos somos débiles y con el tiempo fácilmente se puede introducir una cierta rutina en el rezo del breviario. Esta obrita surge del deseo de ayudar a los sacerdotes en el desempeño de esa parte tan noble de sus funciones sacerdotales como es la de salmodiar para la alabanza de Dios. Es un librito sin pretensiones, breve, una pequeña charla puesta por escrito.

Unos años antes había escrito otra obra para que el sacerdote se pudiera preparar cada día para la santa misa. Ese libro titulado *Las aguas vivas que borbotean* tuvo un efecto tan positivo en mí para celebrar el santo sacrificio con más devoción que muy pronto me vino la idea de algo parecido para el rezo del breviario.

A veces una pequeña consideración espiritual basta para retomar el breviario con nuevo entusiasmo, con nueva fuerza. Todos necesitamos sacar brillo de nuevo al oro de nuestra alabanza.

El respeto sumo a la Sagrada Escritura nos debe hacer estar atentos al rezo de la salmodia. En el rezo del breviario, ese respeto se transforma en adoración hacia el que ha escrito esos salmos y textos sagrados. Lo que en otros momentos del día en nosotros es solamente fe, en el rezo de los salmos se transforma en adoración.

Sin más preámbulos doy paso a estas reflexiones que componen esta humilde colección de pensamientos.

Reflexiones varias



bendice al señor, alma mía

Salmo 103, 1

Las siguientes reflexiones sobre el rezo del breviario, más que leerlas de una sola vez, es preferible leerlas poco a poco. Lo ideal sería leer una reflexión antes de rezar de una hora canónica. En el fondo, estas breves páginas, mejores o peores, son tan solo un medio para recordarnos a nosotros mismos la conveniencia de prepararnos para la salmodia.

Se sacaría mucho más fruto del rezo del breviario si uno dedicase medio minuto a prepararse a ese rezo. Ese medio minuto cambiaría toda la hora canónica. También será una óptima costumbre guardar unos diez segundos de silencio al acabar, para meditar un brevísimo momento antes de retornar al trabajo ordinario.

Durante la misa, cuántas veces me gustaría alargar más la liturgia de la Palabra: leer más extensamente, meditar más tiempo. En la liturgia de las horas puedes hacerlo.

Una forma bella de considerar el rezo del breviario es como un modo por el que se nos concede poder estar más tiempo meditando la Palabra y, además, repartido a lo largo del día. Y es que la liturgia de las horas es como un tipo de *lectio*. Pero la liturgia no es sólo una *lectio*, es un lectura y alabanza a la vez.

La Eucaristía se recibe. La Palabra de Dios también se recibe. Las horas canónicas son un modo de recibir ese don divino. Escuchamos a Dios en su Palabra y le hablamos a Dios a través de la Palabra.

La Palabra salva. Salva porque la Escritura es portadora de salvación. Ciertamente que lo que salva es la gracia. Pero la Escritura lleva a la gracia. Cada hora canónica siembra en tu alma al menos una gracia si haces todo con atención y reverencia.

¿Qué tengo que hacer durante la hora canónica? La acción más simple: escuchar, ponerme a la escucha, abrir mi ser a la Palabra. También hay que desechar toda tensión. No se realiza mejor la acción de escuchar por ponerse en tensión. Hay que aprender a descansar orando, y a orar descansando.

Dios como Maestro durante la hora canónica. Nosotros los sacerdotes somos maestros del pueblo fiel. En cada hora, Él es el Maestro.

Necesitamos el viático de la Palabra. La cual es salida de su boca, escrita por su mano. Que la Palabra penetre en ti. Que la Voz Divina se pose en tu alma.

La Palabra como candelabro de siete brazos que luce. Cristo en el centro, rodeado por tres brazos que representan a todos los profetas que escribieron los libros del Antiguo Testamento, y por otros tres que representan a los apóstoles que escribieron los libros del Nuevo.

Alguien se puede preguntar por qué no hay una lectura de un fragmento del Evangelio en el breviario. Eso se debe a que el Evangelio, como si de un centro se tratara, se lee en la santa misa que es el centro de la liturgia. El resto de horas son los ecos de la misa, del mismo modo que las demás lecturas sagradas son ecos respecto al Santo Evangelio.

De todas maneras, tanto el *Benedictus* como el *Magnificat* o el *Nunc dimittis* son cánticos del Evangelio, y en ese sentido el Evangelio está presente en la liturgia de las horas. Pero para dejar clara esa centralidad de la misa, alrededor de la cual giran las horas canónicas, sólo en la eucaristía se leen las enseñanzas de Jesús.

Esa singularidad de la misa se refuerza en el hecho de que en las horas son Zacarías, Santa María y Simeón los que proclaman las alabanzas del Señor. Es decir, no habla directamente Jesucristo, no leemos partes en las que Jesús hable, por la razón antes indicada.

El rezo del oficio divino forma parte de tu trabajo sacerdotal. Rézalo:

- con preparación
- con pausa
- con dignidad
- con concentración
- con una postura digna

Dejar de rezar el breviario por el trabajo es un sinsentido, porque el rezo canónico de las horas es parte del trabajo del sacerdote. Todo sacerdote ha de realizar ese mínimo de trabajo cultural. E insisto y recalco la palabra “trabajo”.

Nuestro trabajo como sacerdotes es uno de los pocos en el que nuestra labor consiste en dedicar unos tiempos a la oración y otros a las labores pastorales. Si nos dedicáramos sólo a la pastoral, no estaríamos haciendo bien nuestra labor. El culto divino, la alabanza a Dios, forma parte de nuestras diarias labores, no se trata de una devoción, de algo que hago porque quiero. Me

he comprometido a la liturgia de las horas al ser ordenado como diácono.

La liturgia divina conviene que sea rezada a horas fijas y, desde luego, repartidas durante la jornada para consagrar todo el día a Dios. Alguno puede sentir la tentación de pensar que el breviario interrumpe su trabajo. Pero hay que entender que la liturgia de las horas está pensada para interrumpir el trabajo, porque su misión es que hagamos un parón y elevemos nuestra mente y nuestro corazón a Dios.

Concentrar las horas canónicas en dos momentos del día supone no haber entendido su sentido. Detener unos minutos el trabajo para ofrecer ese sacrificio de alabanza supone una diaria manifestación de que lo primero es la alabanza al Creador. Las prioridades deben estar claras.

Tampoco es un gasto de tiempo dedicar medio minuto antes de cada hora canónica a preparar el alma para comenzar a entonar ese cántico divino.

Salmodiar supone unirse a los coros de los ángeles en su alabanza a la Trinidad. Los ángeles nos acompañan en el rezo si se lo pedimos.

La mente y el cuerpo deben unirse a la voluntad en este oficio. También el cuerpo ora, bien decorosamente sentado, bien arrodillado, haciendo lentamente la señal de la cruz, respetando los silencios sagrados, participando en esta veneración del nombre de Dios a través de los textos divinos. La mente debe concentrarse totalmente en esta tarea.

Cada *Gloria al Padre* supone una glorificación de la Santísima Trinidad. Cada *Gloria al Padre* es una contestación del alma a lo dicho en el salmo.

De cada versículo que nos impacte o en el que se nos abra el entendimiento de una verdad divina, conviene hacer una pequeña anotación para meditarlo más veces, pues nada de lo que el Señor nos diga debe ser olvidado, sino que sus gracias deben ser rumiadas.

Rezar las partes canónicas a sus horas, supone una consagración de la jornada, el día se santifica. Santifiquenos el día, santificando el nombre de Dios.

Cuando uno está de viaje es preferible rezar el oficio sentado en un coche o en una plaza con ruidos, que (como hacen algunos) rezarlo todo seguido al comienzo del día para, como dicen, *tener eso resuelto*.

La cuestión no es si disfrutas con el breviario. La cuestión es si realizas bien el misterio de la sagrada alabanza. Incluso en la mayor de las sequedades, la salmodia es verdadera oración. El gusto puede faltar totalmente y no por ello tiene menos fruto.

Si quieres que la Palabra resuene en tu alma, antes has de hacer el silencio dentro de las paredes de tu espíritu.

Es una comunicación de espíritu a Espíritu.

Ora el cuerpo, ora la mente, ora el espíritu.

Según sea la preparación, así será el acto de la alabanza litúrgica.

En presencia de los ángeles y con los ángeles.



A

Adue

nic do

minator dominus et re

gnum in ma nu e

ius et potestas et impe



Las partes de cada hora



bendice su santo nombre,
Salmo 103, 1

Dios mio, ven en mi auxilio

Se comienza pidiendo ayuda para orar. Sin la ayuda de la gracia que Dios envía, nuestra mente se despistaría, nuestros pensamientos se desperdigarían. Además nos marcamos con la santa cruz de Cristo al hacer esa petición, porque, en verdad, necesitamos del auxilio de Dios para orar.

Pues recordemos lo que nos enseña San Pablo: *Nadie puede decir Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo* (I Cor 12, 3). Es decir, sin la ayuda que proviene de la Tercera Persona, podríamos proferir esas palabras (Jesús es el Señor) de un modo meramente material, pero no como un acto de fe. Del mismo modo, sin la ayuda de ese Hábito Santo que proviene de la boca del Padre, el rezo del breviario sería una mera pronunciación física de palabras sin ningún acto interior en nuestra alma.

No sólo alabamos a Dios llevando nuestras cruces de cada día, cierto. Pero recuerda que tu unión a la pasión de Cristo da mucho más valor a tu alabanza. Tal como sea tu sacrificio vital, así será tu glorificación en la liturgia.

La Cruz es lo que da vida a la vida. La Cruz de Cristo vivifica y llena la liturgia.

Gloria al Padre

Tras pedir ayuda para comenzar a orar, lo primero de todo, lo absolutamente primero, es honrar a la Santísima Trinidad. El fin de todas estas plegarias es glorificar a Dios.

Aleluya

Ese aleluya al comienzo del rezo es un breve recuerdo, brevísimo de la Resurrección de Cristo.

Himno

Viene entonces la glorificación a través de la palabra humana. En el breviario no todo es Palabra de Dios, también hay partes totalmente humanas. El himno es como incienso de glorificación que se esparce alrededor del altar de la adoración. Altar que está en el centro del alma.

Salmos

Los salmos son el cuerpo esencial de cada hora, los tres grandes pilares que sustentan cada hora. Dios nos entregó el Libro de los Salmos para que pudiéramos orar con su Palabra. Es un libro que Dios nos da para orar.

El cántico, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es como otro salmo. Aun no perteneciendo al libro de los salmos, cada cántico fue escrito por Dios para que pudiéramos orar con él.

La Iglesia con gran sabiduría ha dispuesto que, en las dos principales horas canónicas, a los salmos se les añadieran dos

cánticos para enriquecer con más pasajes escriturísticos las laudes y las vísperas. La voluntad de la Iglesia, por tanto, es la de enriquecer, añadir más pasajes de las Escrituras.

Los salmos son el pensamiento de Cristo. Cuando los salmos hablan de los enemigos, yo siempre pienso en mis únicos enemigos: el mundo, el demonio y la carne. Los salmos no hablan de hechos pasados, te hablan ahora mismo a ti. Son el mensaje de Dios para ahora. Son la respuesta a tus preguntas.

Antífonas

Las antífonas como una respuesta al salmo. Están pensadas como una jaculatoria. Son versículos muy escogidos que se prestan para repetirlos como jaculatorias durante el día. En cualquier caso, aunque no se usen como jaculatorias para alimentar la presencia de Dios durante la jornada, son una respuesta del alma al acabar la oración del salmo.

Las antífonas también tienen un cierto carácter de recopilación respecto al salmo que se va rezar o ya se ha rezado. Por eso se colocan al principio y al final de éste, como si lo abrazaran. Como si la antífona nos hiciera fijarnos en una idea esencial antes de comenzar y al acabar.

Lectura breve

Para que a la oración sálmica se uniera la escucha del resto de las Escrituras, desde muy antiguo se añadió una pequeña lectura bíblica. La lectura lleva a la meditación, por eso está indicado que se haga un momento de silencio tras esta lectura. Bien es cierto que la pausa de oración se puede hacer ahora o tras el rezo de cada salmo. Recuerda que este silencio también es oración.

Responsorio

Es una respuesta a la lectura, una respuesta coral: uno lee la primera parte, la comunidad le responde repitiendo esa antífona. El responsorio es como una combinación armoniosa de antífonas.

Cántico evangélico

Por fin llegamos a ese momento del rezo en que todos los textos de la Escritura desembocan en un texto del Evangelio. Un Zacarías y María nos predicán cada día. Cada día escuchamos a ese sacerdote del Templo que representa al Antiguo Testamento, y a María que representa al Nuevo.

Si el cuerpo esencial de las laudes y las vísperas son los salmos y el cántico que les acompaña, el centro esas horas es el Benedictus y el Magnificat. Es como si los salmos y la lectura breve culminaran en estas dos alabanzas. Es como una ascensión hasta llegar a las palabras del Evangelio.

Preces

La Iglesia preocupada por las necesidades del prójimo nos recuerda que no debemos preocuparnos únicamente de nuestras almas, sino que también debemos pedir por los hermanos. En este momento ejercemos la intercesión por todos.

Oración final

La alabanza se transforma en una solemne oración dirigida al Padre. Toda la hora es como una ascensión a un monte para orar.

Esta oración es la culminación, el punto más alto. Supone llegar a la cima en la que tras alabarle, por fin, nos dirigimos solemnemente a Él.

En las horas menores se dice *oremos* y se deja un momento de pausa, en laudes. Hagámonos conscientes en ese pequeño momento de silencio de que nos vamos a dirigir a Dios, hagámonos conscientes de su grandeza y de nuestra pequeñez.

Es un momento tan importante éste de la oración final que culmina todo, que antes se dice *oremos* para que nos preparemos. Estabas orando y, sin embargo, la misma oración te pide que te hagas consciente de que estás orando.

Para eso, insisto, hay que respetar el momento de silencio que exige la rúbrica. En ese momento de silencio hazte consciente de que ésa es el momento en el que vas a llegar a la cima de todo el acto litúrgico que has realizado.

En ese momento de silencio, puedes imaginar que vas a hablar delante justamente del Trono del Altísimo como sacerdote que eres. O bien, puedes simplemente hacer silencio dentro de tu alma, el silencio de las potencias espirituales (cogitativa, imaginación, memoria), para que así al recitar la oración, ésta resuene con fuerza dentro de las paredes desnudas de tu alma.

Aunque en las laudes y vísperas no se dice *oremos*, sirva el recuerdo de esa invitación de las horas menores para hacer con más preparación esa oración última. Incluso en las laudes y vísperas, preparémonos para ese momento en el que el sacerdote se dirige solemnemente a la Divinidad.

El Señor nos bendiga

La misa acaba una petición de que el Señor nos bendiga. Necesitamos su bendición, tanto en lo espiritual como en lo corporal, en todos nuestros asuntos de la vida. Hemos comenzado con la señal de la cruz y acabamos marcándonos de nuevo con esa cruz. Hemos comenzado pidiendo su ayuda para orar, acabamos pidiendo su ayuda para continuar con la jornada.

La hora acaba con una bendición pedida o impartida. *Impartida* si preside las laudes o las vísperas un clérigo que bendice a los que han alabado con él. *Pedida* si uno pide a Dios que le bendiga. En la bendición final, sea pedida o impartida, recibirás tanto cuanto sea tu fe en que recibes su bendición.

Una recapitulación sintética de estas partes podría ser la siguiente:

- Dios mío, ven en mi auxilio:** la puerta de entrada a la alabanza
- himno:** atrio.
- salmos:** cuerpo esencial de la hora.
- lectura breve:** la escucha de una enseñanza de Dios.
- responsorio:** la respuesta ante la escucha.
- cántico:** centro de la hora, hemos llegado al Evangelio.
- preces:** función intercesora.
- padrenuestro:** recapitulación de todo en una oración simple.
- oración final:** culminación de toda ascensión

Las distintas horas canónicas



benedicid al señor, todas sus huestes.

Salmo 103, 21

Nunca insistiremos suficientemente en la importancia de rezar el oficio a sus horas. De ofrecer el incienso de nuestra alabanza en sus horas naturales. Las personas que vivían al aire libre, en pequeñas poblaciones que no impedían ver el cielo en todo su esplendor y tenían poca luz artificial sentían de forma natural que la naturaleza misma les invitaba a recogerse en la oración en el amanecer y en el atardecer. Son dos momentos en los que hasta la naturaleza los marca como especialmente propicios para recogerse en oración si uno contempla el espectáculo del sol emergiendo u ocultándose.

A ello, las almas amantes de Dios, añadieron el acordarse de Él en la mitad del día y antes de sumergirse en el descanso nocturno. Con eso ya tenemos las horas del breviario. Horas estas a las que hay que unir el oficio de lecturas que en los monasterios se rezaba por la noche, antes del amanecer. Después los monjes se dedicaban a orar personalmente hasta el amanecer, hora en la que rezaban las laudes.

Laudes

Yo las rezo después de mi oración mental. La primera oración litúrgica de mi jornada sacerdotal.

Todos mis actos litúrgicos del día comienzan profiriendo: *Señor, ábreme mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza.*

La belleza de guardar silencio en el interior de mi alma, desde la noche del día anterior, hasta que digo ese versículo. Que ese versículo sea la primera palabra que profieren mis labios en el día.

A veces me ayuda imaginar que estoy en el escaño de un coro benedictino salmodiando, concentrado en la alabanza divina, centrado únicamente en que fluya la Palabra de Dios a través de mi boca.

Esta hora es perfecta para dar gracias a Dios por existir un día más. No des por supuesto que cada día te levantarás para seguir con tu vida ordinaria. Porque ciertamente habrá un día que no te levantarás. Un día en el que el sueño de la noche se unirá al sueño de la eternidad. Esta hora canónica es, por tanto, la más adecuada para dar gracias por el hecho de que se te concedan más horas. Salmodia en honor de Aquél que te da más tiempo.

Recuerda lo que dice el salmo invitatorio: *Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis el corazón.*

Otro versículo del invitatorio que expresa muy bien el espíritu de esta hora es: *Entremos a su presencia dándole gracias.*

El invitatorio es como la puerta de entrada a la primera hora canónica. El himno sería el atrio, el invitatorio la gran puerta de entrada.

Reza el *Señor, ábreme los labios* con suma lentitud, con la sensación de estar penetrando en el atrio de la oración de

alabanza, de la alabanza y la gloria a Aquél que te da la vida. Según penetres en ese atrio, así continuarás caminando por el resto de los cánticos, versículos y oraciones. Atrio divino, pues su mano talló esos versos.

Dios mío, ven en mi auxilio, es ya un versículo de un salmo. Al rezarlo ten la sensación de entrar a través de un pórtico. Y recuerda, al rezar el salmo del invitatorio, que según se entra, así se sigue. Si entras con devoción, adorando, seguirás así durante todo el tiempo de esa liturgia. Si entras distraído, por pura obligación, será una oración desabrida, vacía.

Los salmos del invitatorio no son salmos cualquiera: son salmos de entrada al Templo, de ingreso en el monte Sión, son salmos para comenzar una nueva vida.

Es muy importante ofrecer a Dios las primicias del día. Ofrecer al Dios Creador del Tiempo, Dador de las horas, el primer tiempo de cada día. El alma al levantarse está más tranquila, como con más silencio interior.

Hora Sexta

De las tres horas canónicas yo suelo rezar la de sexta. La rezo a las doce en punto del mediodía, interrumpiendo lo que esté haciendo en ese momento.

Me hago consciente de que por primera vez en el día digo *Dios mío, ven en mi auxilio*, puesto que antes he comenzado con *Señor, ábreme los labios*. Ambas oraciones son muy bellas, hacerse consciente de que es la primera vez que se recita es un modo de decirla con el corazón y no sólo con los labios.

Recordamos con agradecimiento y adoración, la hora en que Cristo fue elevado en la Cruz.

La hora sexta te ofrece la oportunidad de ponerte ante Jesús. Con tu espíritu ve ante Él.

Es uno de los cinco momentos sagrados de la liturgia diaria de las horas. Cuanto más sagrado hagas este momento, más te santificará.

Esta hora es como un oasis en mitad de la mañana. Como si entráramos delante del Trono de Jesucristo, para ofrecerle un breve saludo.

Es una óptima costumbre interrumpir lo que se esté haciendo en cuanto suene la campana (si es el caso) para alabar a Dios, para unirnos a Cristo en la Cruz.

Aunque suelo rezar la hora sexta, si uno va a rezar la hora menor entre las 9.00 am y las 12:00 pm, rezo tercia. Si rezo entre las 3:00 pm y las 6:00 pm, rezo nona.

Oficio de Lecturas

Yo lo rezo una hora después de finalizar la comida. Pone fin al descanso tras el almuerzo. Es como un mojón en el camino que indica de forma nítida y fija cuando comienza de nuevo mi trabajo.

El oficio de lecturas tiene un cierto carácter de enseñanza. Pero antes de aprender se rezan los salmos para alabarle: la alabanza antes de la enseñanza.

El Padre te va a enseñar como un maestro en esta hora canónica. Lo hace a través de dos lecturas: una divina y otra humana.

Esta hora es como un oasis en mitad de la tarde. Como si entráramos delante del Trono de Jesucristo a escucharle como Sabio en la Ciencia Divina. Precisamente no rezo esta parte del breviario al comienzo del día,

para que no forme una unidad con laudes y mi oración personal, prefiero que santifique esta parte del día, la que comienza tras el descanso del mediodía.

Si se rezan las horas en estos momentos del día que sugiero es como si hubiera un oasis de oración en mitad de la mañana (sexta) y otro en mitad de la tarde (oficio de lecturas).

La mayor parte de los sacerdotes rezan el oficio de lecturas antes de las laudes. Yo prefiero este orden aquí propuesto para repartir las horas canónicas a lo largo del día.

Vísperas

Yo lo rezo justo antes de la cena. Las laudes son el comienzo de la mañana, las vísperas el final de la tarde. En medio de ellas hay dos oasis de oración.

Esfuérzate en comprender este oficio sacerdotal del rezo del breviario como un modo de ofrecer un sacrificio espiritual.

Llama a los ángeles para que estén a tu lado.

Reza las vísperas con la Virgen María, como el apóstol San Juan debió rezar con ella todos los días al caer el día.

Completas

Yo lo rezo justo antes de irme a la cama. Es la última cosa que hago en el día antes de meterme en mi dormitorio.

Esta liturgia consagra a Dios las horas del sueño. También el sueño debe ser alabanza. Para continuar la adoración que he realizado durante las completas, tras el rezo de éstas mi mente debe guardar el silencio interno. Si mantengo la presencia de Dios, el diálogo con el Espíritu Santo,

desechando todo lo que me distrae, la noche quedará totalmente santificada.

No debe haber conversaciones con el mundo tras completas. Las completas hay que entenderlas como una consagración de la noche: hay que dedicar a la oración el tiempo que nos queda hasta dormirnos sin entretenernos en pensamientos mundanos o del trabajo para así consagrar perfectamente tanto el final del día como el comienzo de la jornada cuando nos despertemos, ofreciendo así las primicias del día y su final.

Hay un bello paralelismo entre el silencio tras las completas y el silencio antes de las laudes. Lo cual se preserva en los monasterios y en los seminarios. En el seminario, era tan edificante ver a todos los compañeros dirigirse a las habitaciones en silencio, recogidos; y lo mismo por la mañana. Sólo tras la acción de gracias de la misa, nos saludábamos alegres mientras íbamos a desayunar. También el sacerdote secular hará bien en conservar esa santa costumbre cuando salga del seminario.



TIER

DATI

EST

NOB'

Et filius datus est nobis

Los laicos y el oficio



benedicid al señor, todas sus obras.

Salmo 103, 22

En este escrito me he centrado más en el clero, porque suelen ser los frailes y sacerdotes los que rezan el breviario. Pero la salmodia de los laicos da tanta gloria a Dios como la de los sacerdotes. La liturgia de las horas tiene tantos beneficios para el alma de los unos como de los otros.

Hay laicos que desean introducirse en un camino más profundo de oración, el guía de las almas puede recomendarles el rezo de esta liturgia. Un modo magnífico de santificar toda la jornada, de no olvidar a Dios ni en el trabajo ni en el descanso. Un modo de introducirse en la oración sálmica y de ejercitar el sacerdocio común de los fieles. El laico puede ofrecer este sacrificio de alabanza sobre el altar de su corazón. El oficio divino es un modo especialmente adecuado de ejercitar ese sacerdocio.

Haciendo esto no estamos sugiriendo un modo de oración poco laical. En el siglo V debió ser precioso ver en aquellas primitivas basílicas cómo, al caer la tarde, se reunían el clero y el pueblo en torno al obispo para orar todos juntos con los salmos. Qué preciosa estampa debieron ser esos lugares sacros en los que iba decreciendo la luz natural, y en los que se veían algunas lámparas de aceite y ya algunas velas, y el rumor de los salmos subiendo hasta el trono de Dios.

Si el laico tiene mucho trabajo, puede elevar su alma a Dios cinco veces al día bajo este simple esquema, aunque sólo sea para acordarse de Dios y decirle algo, aunque sólo sean tres o cuatro frases salidas del corazón:

8:00 am laudes

12:00 pm Sexta

4:00 pm oficio de lecturas

7:00 pm vísperas

00:00 am completas.

Un modo de hacer del día algo santo, una ofrenda agradable a Dios, en los casos en los que el laico esté convencido de que no tiene tiempo para más, puede ser sólo rezar un salmo en cada una de estas horas. Una madre de familia me comentaba que rezaba las laudes todas las mañanas mañana, pero sólo eso. Y que los domingos esas laudes las rezaban en familia, preparando una mesa como si fuera un altarcito con una cruz, con los niños poniendo encargándose de adornarlo con flores.

Antes he dicho en los casos en los que el laico esté convencido de que no tiene tiempo para más, he dicho eso porque, en realidad, cualquier laico siempre dispone de tiempo para dedicarlo a Dios. Otra cosa es que él esté convencido de que no posee ese tiempo. DIOS ES SEÑOR DEL TIEMPO. QUIEN ES GENEROSO CON DIOS, DIOS LE DA TIEMPO.

Lo he puesto con mayúsculas, porque ésta es una verdad esencial que debemos recordar una y otra vez cuando vayamos a adorar al Señor de la Historia. A Dios le es fácil dar tiempo. Mientras que quien es tacaño con el tiempo para su Creador, cada vez tendrá menos tiempo. Hay quienes no tienen tiempo y cada vez tendrán menos. Hay quienes tienen muchísimo trabajo, pero siempre tienen tiempo para el Dador de la vida y la salud.

Desde luego una familia en la que los padres y los hijos rezan juntos las partes del oficio que pueden según sus horarios es una familia sobre la que recaerán numerosísimas bendiciones. Cada hora es un perfume que llega a la presencia del Padre. Aunque sólo un miembro de la familia rece el oficio o parte de éste, puede hacerlo con gran solemnidad: colocando un poco de perfume delante de una imagen o un crucifijo, encendiendo algunas velas, poniendo incienso.

Laico que lees estas líneas, recuerda siempre que una mujer casada con hijos puede tener un espíritu sacerdotal mucho más grande que el de un presbítero.

En parroquias muy grandes, con tres misas diarias y mucha afluencia de fieles, puede ser interesante ofrecer a los fieles la posibilidad del rezo de laudes o vísperas con toda solemnidad. Se puede empezar por organizar el rezo de laudes los viernes, por ejemplo, para no interferir con los horarios de las misas dominicales.

Una vez que se cuenta con un número fijo de personas que asisten a este rezo, para dar mayor solemnidad se pueden colocar tres asientos a cada lado del altar y el sacerdote enfrente del altar. El sacerdote puede ir revestido con capa pluvial y los seis fieles con albas o trajes como los de los coros. Se puede colocar un bello incensario sobre el ara como símbolo de la oración que asciende hasta el Trono de Dios.

Una vez que se consolide el rezo digno de, por ejemplo, las laudes, se puede continuar expandiendo esa costumbre a otros días. Sobre todo, se puede animar a ejercer esta función a personas jubiladas.

La solemnidad del acto litúrgico resulta esencial: capa pluvial, albas, procesión con cruz, incienso. Si el rezo se reduce a unas pocas personas rezando en los primeros bancos, eso no atrae a nadie. Si se hace de esto un bello acto litúrgico, la gente vendrá a verlo y algunos de entre ellos se unirán.

Algunas cuestiones prácticas



dad gracias al señor

Salmo 105, 1

¿Y si me equivoco?

Si me equivoco de oficio, ¿tengo que comenzar de nuevo desde el principio? La respuesta es no. Desde muy antiguo ha existido esta máxima para el breviario: *error corrigitur ubi deprehenditur*, el error se corrige donde se encuentra.

Es decir, cuando uno se da cuenta de que se ha equivocado de día de la semana, o está rezando de feria cuando es una fiesta, o está rezando laudes de nuevo porque la cinta estaba mal colocada, entonces uno acaba el salmo ya empezado y prosigue en el oficio adecuado.

¿Es necesario recitar oralmente el oficio?

El clérigo para cumplir con el rezo del oficio individual no hace falta que lo haga de un modo oral, basta con leerlo. Hago esta aclaración porque algunas personas se les ha ocurrido esta pregunta y les ha entrado el escrúpulo. La Congregación para el Culto Divino respondió a esta cuestión en el sentido que he dicho.

¿El clérigo cumple con la obligación si se une a la oración de una comunidad que reza otro oficio?

La respuesta es sí. Sea que ese día ellos recen una determinada fiesta o solemnidad, sea que tienen un oficio divino totalmente distinto del breviario romano. Uno cumple uniéndose al oficio de cualquier comunidad católica.

¿El clérigo cumple con la obligación de rezar la hora canónica sin leerla ni recitarla, sólo escuchándola?

Hoy día en Internet hay webs que leen el oficio divino. El clérigo cumple con la obligación del breviario de este modo, porque la obligación es la de rezar el oficio. Da lo mismo si los versículos entran en nuestra mente a través del sentido de la vista o a través del sentido del oído. La oración es algo del espíritu.

¿Se puede escuchar el oficio en el coche mientras se conduce?

El oficio divino es parte del trabajo del clérigo. Ésta ha sido una idea clave repetida una y otra vez en esta breve obra. El sacerdote, por tanto, debe esforzarse en hacer lo mejor posible esa labor de culto a Dios. Por tanto, cualquier cosa que le distraiga de ese culto debe ser apartada por respeto a Dios. Mucho más si aquí se trata de hacer dos cosas simultáneamente. Un acto litúrgico bien hecho nos atrae la bendición de Dios. Cuanto mejor hecho, más bendición atrae. El culto mal hecho atrae el castigo. El culto litúrgico mal hecho es un modo de expresar lo poco que nos importa Dios.

La liturgia de las horas es parte del trabajo del sacerdote. Por tanto, el sacerdote no puede alegar que tiene mucho trabajo para

no hacer el oficio divino. Porque, insisto, el oficio divino es parte de su trabajo.

Ahora bien, si un sacerdote un día, excepcionalmente, no ha podido rezar una hora canónica y se va a hacer muy tarde para rezarla. Entonces, y sólo entonces, es mejor rezarla simultaneándola con otra actividad que no rezar esa hora. Pero hacer algo así debe ser inusual. Incluso hacer esto una sola vez a la semana es signo de que hay que organizar mejor las actividades del día. Es preferible hacer menos cosas, pero honrar dignamente a Aquél que es tres veces santo.

Si uno tiene un largo viaje en coche, debe parar el coche y alabar a Dios. Después podrá continuar su andadura con la bendición del Altísimo. Haciendo eso no realiza algo heroico, simplemente es su trabajo.

El laico que no tiene obligación de rezar el oficio ciertamente sí que puede orar mientras conduce. Pues, dado que no tiene obligación de ofrecer ese sacrificio espiritual, si decide orar mientras conduce, no estará realizando deficientemente el culto a Dios, sino que estará santificando su tiempo de conducción. Porque en ese caso el laico está conduciendo y, de paso, alaba a Dios. Mientras que el clérigo sí que tiene obligación de cumplir con el oficio divino. Si no fuera así, el sacerdote podría después tener la tentación de cumplir su obligación con la liturgia de las horas mientras pone orden en su casa, cava un huerto, yendo en bicicleta o mientras toma su cena a solas.

Cuando un sacerdote está desayunando, si quiere puede ver una misa en la televisión. Nada malo hay en ello. Le servirá para orar mientras come. Pero el sacerdote cuando celebra misa, debe sólo celebrar misa. Lo mismo vale para el acto litúrgico que es el rezo de las horas.

Cuando un sacerdote y un laico van en un coche, el sacerdote puede pedirle al laico que conduzca mientras él va al lado salmodiando. Si el sacerdote ora en voz alta, los dos orarán y los dos se santificarán.

¿Se puede sustituir el oficio por otras oraciones?

La Congregación para el Culto Divino determinó, para la tranquilidad de la conciencia de los clérigos, que si un día un sacerdote tiene varias misas en una mañana o una tarde, o varias horas de confesiones o u otro tipo de trabajos pastorales similares, podrá dejar una o varias horas canónicas según sea el volumen de trabajo que le impidió razonablemente cumplir con el oficio divino.

Ahora bien, de la contestación de la Congregación queda claro que eso debe ser excepcional. La Congregación no quiso cargar la conciencia de un sacerdote que un determinado día se encuentra con un inesperado gran volumen de trabajo que no le deja tiempo libre.

Pero no fue voluntad de la Congregación que los sacerdotes se eximieran de forma habitual del oficio divino en razón del trabajo. Si un sacerdote tiene muchísimas labores pastorales, tiene que organizarse. Como excepción, por razón del muchísimo trabajo, se puede dejar de rezar una parte del oficio un día. Pero esta situación no puede convertirse en una costumbre.

Por lo tanto, el sacerdote o puede o no puede rezar el oficio, según lo cual, en conciencia estará eximido de esa obligación o no. Pero no puede él mismo cambiar el objeto de aquello a lo que se ha obligado ante Dios.

¿En qué postura es mejor rezar el breviario?

Rece el sacerdote el breviario en la postura que más devoción le dé. Si se concentra más estando sentado, hágalo sentado. Si le da más devoción hacerlo de rodillas ante el sagrario, hágalo así. Si está mucho tiempo sentado durante el día y prefiere estirar un poco las piernas, puede hacerlo paseando. En esto la Iglesia le da libertad para rezarlo donde desee y en la postura que desee.

¿Es recomendable rezar el breviario paseando?

Nada de malo hay en ello. Durante varios siglos, era normal ver a los párrocos con su sotana rezando el breviario paseando por las calles de sus pueblos. Constituía no sólo una estampa muy bonita, sino que era un recuerdo para todos los feligreses de la necesidad de orar. Pero se trataba de calles tranquilas, sin automóviles, donde uno podía centrarse muy bien en la oración.

¿Es recomendable rezar el breviario en el confesionario con interrupciones?

Sí, es preferible ofrecer ese servicio de estar en el confesionario para bien de las almas, aunque el rezo del breviario sea usualmente interrumpido. Es tan importante que los sacerdotes estén sentados en el confesionario que la Iglesia siempre ha considerado que era lícito y hasta recomendable ese rezo fragmentado ante un bien tan grande para los fieles.

¿Se cumple con la obligación rezándolo en un lugar de mucho ruido y distracciones?

Hay que alabar a Dios del mejor modo posible. Ahora bien, es preferible rezar las horas canónicas en sus momentos naturales aunque este rezo sea en medio del ruido, que por hacer este acto de forma más recogida rezarlas demasiado juntas.

Es preferible que las horas vayan santificando los distintos momentos del día, aunque eso implique rezarlas en un autobús con la radio puesta y muchas distracciones, a rezarlas muy bien pero concentradas en un pequeño espacio de tiempo.

Por tanto, dos principios a tener en cuenta:

- hay que rezar las horas lo mejor posible

- las horas se rezan lo mejor que uno pueda en el lugar donde uno se encuentra

No hay que tener escrúpulo de conciencia por las grandes distracciones que nos vengan en estos casos, sobre todo durante los viajes largos. El breviario cumple la función de santificar ese tiempo del viaje.

¿Y si mi aplicación no tiene la fiesta de esta diócesis en la que estoy?

Si salgo de mi casa y me doy cuenta de que en esta diócesis es una solemnidad, y la aplicación me ofrece sólo un día de feria. En ese caso récese el oficio del día de feria si no se cuenta con el libro litúrgico para buscar el común de la fiesta en cuestión. Uno cumple con la obligación canónica con aquello que tiene a su disposición.

Pero si uno se da cuenta de ese hecho de antemano, hay distintos modos de subvenir a esa carencia de la aplicación general. No es

necesario explicar esos modos para no entrar en cuestiones técnicas que siempre son cambiantes. Pero quédese la conciencia tranquila del sacerdote que se ve obligado a rezar un oficio por otro oficio.

Concluyendo, si de antemano se da cuenta, disponga las cosas para rezar el oficio correcto. Si se da cuenta ya tarde, se aplica la vieja máxima *officium pro officio*, cumple rezando un oficio por otro.

¿Y si se me olvida de rezar una hora o no he podido hacerlo?

La obligación del oficio permanece. Récese la hora cuando se pueda. Y si hay un rezo comunitario de vísperas y uno no ha rezado todavía la hora menor, uno puede unirse al rezo comunitario y después rezar la hora menor.

¿Para evitar problemas puedo rezar todo el oficio concentrado en dos momentos?

Hacer eso supone no haber entendido que el breviario es una liturgia del tiempo, una santificación de los distintos momentos del día. Un sacerdote que hiciera eso cumpliría con el oficio, pero no habría entendido el sentido del mismo oficio.

Es preferible rezar con distracciones durante un viaje, que concentrarlo todo en uno o dos momentos.

¿Y si me he olvidado el breviario en casa durante un viaje y llego a casa por la noche tarde?

Hoy día casi todo el mundo tiene móviles y es fácil pedir a alguien un móvil para rezar el breviario. Pero si uno viaja con

desconocidos y no es conveniente, al llegar por la noche a casa sólo estaría obligado a rezar completas. Rezar todo el breviario seguido, en un caso así, no es ni el espíritu de ese acto litúrgico ni la voluntad de la Iglesia.

Dígase lo mismo de un sacerdote que tiene una avería en su coche y tiene que ir al taller, atender los asuntos parroquiales urgentes y llega tardísimo a su casa después de la hora de la cena y tiene que rezar todas las horas canónicas menos laudes. Con tranquilidad de conciencia bastará que rece las completas antes de acostarse. No es la mente de la Iglesia que un sacerdote retrase notablemente su descanso para cumplir con un oficio entero que inculpablemente no le fue posible hacerlo.

Si ese sacerdote tiene la costumbre de orar una hora ante el sagrario antes de acostarse, tampoco tiene obligación de sacrificar su oración personal por el mero hecho de cumplir con la ley. Si le da devoción rezar las horas canónicas una detrás de otra, hágalo. Pero si no es así, basta con que rece vísperas, haga su oración mental y acabe con completas. Es decir, en casos imprevistos y excepcionales, váyase al espíritu de la Ley sin crearse preocupaciones pensando que se peca.

¿Estoy en pecado mortal si no rezo el breviario?

La ley que obliga a un clérigo al rezo del oficio es santa, obliga en conciencia, pero no se debe ver como una obligación férrea que nos lleva al pecado mortal si surge una ocasión excepcional e imprevista. No es la mente de la Iglesia que un clérigo tenga que rezar todo el oficio entero después de la cena. Pero si sólo son algunas horas, inténtese distribuir las entre la cena y el descanso nocturno, haciendo pausas entre ellas, cambiando de actividad entre ellas.

Desde luego el sacerdote que voluntariamente deja de rezar laudes o vísperas sin ninguna razón, comete un pecado grave contra la promesa que hizo a su obispo de rezar las horas canónicas. Y si deja de rezar las horas menores sin ninguna razón, comete pecado venial.

¿Es preferible realizar la liturgia de las horas con vestidura sacerdotal?

El sacerdote no debe tener escrúpulo de conciencia por rezar las completas o las laudes vestido con un pijama. Tampoco, en lugares de muchísimo calor, por rezar el breviario vestido con el mínimo que requiera la dignidad. Ahora bien, aunque no ofendemos a Dios por orar de esa manera, sí que es preferible revestirse con hábito clerical (clergyman o sotana) para ejercer este oficio litúrgico. Si el oficio divino es un acto de alabanza, todo lo que contribuya a esa alabanza multiplicará el efecto de bendición sobre el que lo hace: velas, incienso, postura respetuosa. Que duda cabe que la vestidura no será algo indiferente.

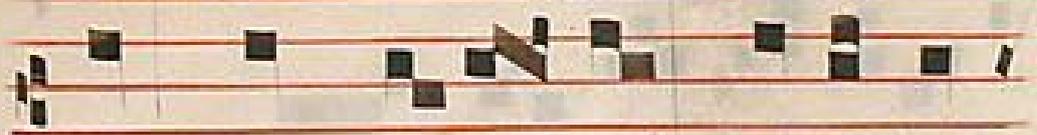


In vigilia sci
 andree apli.
 Antiph. 3.
 Salve crux pa.
 cu il. ps. Dic.
 Rem prole.

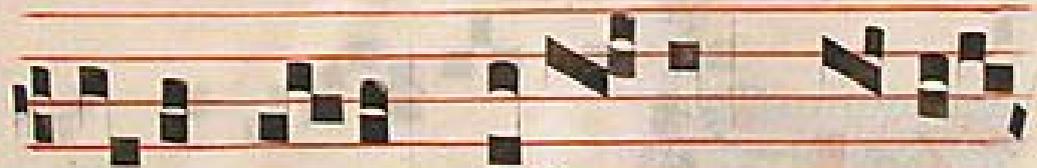
Ax ut



uocé domi ni pdicam



tas audi uit beatus



andreas relictis reti

Conclusión

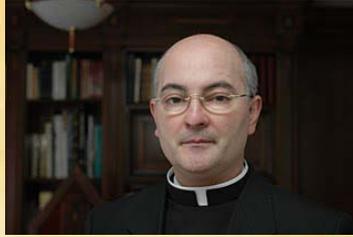


Estimado compañero sacerdote que has llegado al final de este librito, te animo a que coloques en tu breviario pequeños trozos de papel que te recuerden un pensamiento antes de comenzar el rezo de éste. ¡Qué gran cosa es adorar bien a Dios en la liturgia de las horas! Los sacerdotes debemos profundizar en la alabanza del Misterio de Dios toda nuestra vida. Y si rezas con un móvil o una tablet, puedes tener en el mismo dispositivo un documento donde puedas leer algún pensamiento devoto antes de emprender la oración litúrgica. Un solo pensamiento meditado unos segundos puede ser la sal que cambie enteramente el sabor de toda esa oración.

Laicos, recordad que, a veces, vosotros dais más gloria a Dios que los sacerdotes. Ojalá que el altar de vuestro corazón esté siempre, continuamente, envuelto con el incienso del recogimiento del que medita las Escrituras, y que a las horas determinadas incenséis solemnemente alrededor de ese altar. Que revestidos con vuestra alba blanquísima, ceñidos con el cingulo del ascetismo, rodeéis ese altar que está en el centro de vuestro espíritu y sobre el que se manifiesta la gloria del Altísimo.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws